



Pedro Ramírez Vázquez

In memoriam

Jorge Vázquez Ángeles



EN EL LIBRO *ARQUITECTURAS. PAPELES CRÍTICOS sobre el oficio más viejo del mundo*, Manuel Ayllón, al afirmar que la vivienda es el problema básico de la arquitectura, distingue tres concepciones esencialmente diferentes sobre los trabajos de la construcción: “las artes y maneras de los arquitectos, siempre cercanos al poder, con trabajos de gran calado, de representación, de contenido simbólico y estilístico y resolviendo los problemas de los edificios públicos o los de uso colectivo”¹. El mismo Ayllón, páginas más adelante, dice que en la antigüedad, la paleta básica de edificios que un arquitecto debía de resolver, se limitaba sólo a tres de gran valor simbólico: el palacio, el templo y el monumento.

¹ *Arquitecturas. Papeles críticos sobre el oficio más viejo del mundo*, Manuel Ayllón. Editorial Noesis. 1996.



Fotografías: CIDHUAM y Alejandro Arteaga

Como pocos arquitectos mexicanos, la figura del recientemente fallecido Pedro Ramírez Vázquez encaja en ambas categorizaciones, bastante sesgadas, del quehacer arquitectónico. De esta paleta básica, el arquitecto nacido en la ciudad de México en 1919, construyó el Palacio Legislativo de San Lázaro, sede del Congreso de la Unión. El templo es paradigmático: la nueva Basílica de Guadalupe (1976, en colaboración con José Luis Benlliure, Alejandro Schoenhofer, Gabriel Chávez de la Mora y Javier García Lascuráin), diseñada para dar cabida a las decenas de miles de peregrinos que cada año visitan el Tepeyac.

Para el caso del monumento podemos citar dos ejemplos: el proyecto de arco bicentenario que presentó en sociedad con Fernando Romero (proyecto derrotado por la fallida “Estela de luz”) y, sobre todo, su obra maestra: el Museo Nacional de Antropología (1964, en colaboración con Rafael Mijares y Jorge Campuzano) que no es un monumento en si, pero resguarda, precisamente, monumentos antiguos.

Estos tres ejemplos dan cuenta de la capacidad de Ramírez Vázquez no sólo para resolver de manera eficiente y funcional los proyectos que se le encomendaron (el estadio Azteca se vacía en pocos minutos o la banda mecánica en la Basílica que permite mirar a la Virgen de Guadalupe sin que se generen tumultos), sino para crear edificios con un alto grado simbólico.

En sus obras más representativas laten la fe religiosa, la pasión deportiva y la memoria histórica de México. Como los directores de culto que arrastran grandes multitudes cada vez que aparece una nueva película suya, no es exagerado afirmar que sea para rezar, gritar cuando se anota un gol o ligar turistas ávidas de piedras milenarias, los edificios de Pedro Ramírez Vázquez son los más visitados de México, hazaña de la que pocos arquitectos pueden presumir. Es el Pedro Infante de la arquitectura nacional.

Además de los cargos públicos que ocupó a lo largo de su vida, don Pedro organizó la XIX Olimpiada, diseñó el logotipo de Televisa y hasta supervisó el traslado de la “piedra de los tecomates”, como se denominaba a la monumental representación de Tlaloc o Chalchihuitlicue que actualmente marca la llegada al Museo Nacional de Antropología, que el próximo año cumplirá medio siglo de actividades. En una fotografía que circula en la red², se puede ver a don Pedro al frente de la caravana de vehículos que abría paso a la pieza más pesada del continente americano (168 toneladas de peso). Vestido con una camisa blanca, corbata oscura y pantalones de vestir, viaja apoyado en el estribo de la puerta trasera de lo que parece ser un *Va-liant*. Al fondo se observa la mole de piedra apoyada en una plataforma doble soportada por 72 llantas diseñadas especialmente, impulsadas por dos tráileres y un *bulldozer*.



² <http://lacoctelera.mx/2013/04/pedro-ramirez-vazquez/>



La épica marcha, como destacó en su primera plana *El Universal* el 17 de abril de 1964, tardó cerca de veinticuatro horas en llegar hasta las obras del nuevo museo que sería inaugurado en septiembre de ese año por Adolfo López Mateos.

El peso permitía apenas una velocidad de cinco kilómetros por hora. Antes del traslado fue necesario construir un camino que conectara el sitio donde descansaba la piedra con la carretera México- Texcoco y, además, convencer a los habitantes de San Miguel Coatlinchán, primero con el ejército y luego con obras para la comunidad, de que permitieran el traslado de su ídolo. Como parte de los convenios, todos los habitantes de Coatlinchán entran gratis al museo.

El recorrido, custodiado por cien soldados y decenas de antropólogos, atravesó la avenida Zaragoza e hizo una pausa en San Lázaro, donde, años más tarde, Ramírez Vázquez construiría el Palacio Legislativo. Un contingente de electricistas se encargaba de cortar los cables de alta tensión que obstaculizaban el lento traslado.

Al caer la noche, y aprovechando que el tránsito en la ciudad de México no resultaba tan desquiciante, la piedra reemprendió la marcha, llegó al Zócalo donde fue recibida con repiques de las campanas de Catedral y las luces que iluminaban el Palacio Nacional. Para darle más dramatismo a la escena, comenzó a llover con tal intensidad que las colonias Condesa, Roma y Tacubaya se inundaron. En el ideario nacional, durante muchos años, se atribuyó el aguacero a la molestia del dios por las penurias de la mudanza.

Otro rasgo destacable de su obra es la sencillez de sus partidos arquitectónicos. Sus edificios son tan claros en su funcionamiento que resulta imposible extraviarse. Tampoco necesitan de señalizaciones. Tomando de nuevo al Museo de Antropología como ejemplo, el patio central entorno al cual se desarrollan el vestíbulo principal y la crujía en “C” donde se

encuentran las diferentes salas, es una interpretación moderna de diversos esquemas que lo mismo se nutren de las plazas prehispánicas, como la Ciudadela de Teotihuacan, o de los claustros virreinales. Incluso la fuente, ese rasgo característico de todo patio que se respete, cobra forma en el impresionante “paraguas”, techumbre atirantada que se apoya en una columna de bronce de 30 metros de altura, con relieves de José Chávez Morado, que cubre una superficie de 4,428 metros cuadrados. La única diferencia es que el agua cae desde lo alto de esta gran cubierta.

Al respecto de los trabajos artísticos presentes en el museo y en otras de sus obras —murales, celosías, tapices, esculturas y vitrales de autores como Rufino Tamayo, Manuel Felguérez, Mathias Goeritz, Miguel Covarrubias, Carlos Mérida y Feliciano Peña— no es difícil reconocer que el ánimo de Ramírez Vázquez por la integración plástica lo heredó de su experiencia en Ciudad Universitaria, donde formó parte del equipo que diseñó la Facultad de Medicina, y que durante la Olimpiada del 68 se convertiría en una manifestación urbana por medio de la Ruta de la Amistad. Sin duda alguna, se trata del último arquitecto mexicano que se dio a la tarea de integrar arquitectura, pintura y escultura en sus obras.

Con su muerte, ocurrida el pasado 16 de abril, justo el día de su cumpleaños 94, no sólo se pierde a uno de los arquitectos más prolíficos y famosos del país, primer rector de la Universidad Autónoma Metropolitana (enero de 1974-septiembre de 1975), sino al artífice de la conciencia espacial y simbólica del México que le tocó vivir. ■■■

